

Ha fallecido Carlos Manuel Romero Rodríguez, para sus amigos simplemente: Romero o Carlos Romero. Aunque él se hacía llamar *Rosmarinus (officinalis)*, el nombre de una especie vegetal que conocemos todos como *romero*. Este juego de palabras denotaba ya la inteligente ironía de este doctor en Biología, natural de Madrid (de muy cerca del Real Jardín Botánico), residente en León, y que amaba al Bierzo con todas sus fuerzas, tanto su paisaje como su paisanaje.

Para la mayoría de sus buenos amigos, Romero era un sabio y un humanista. No sé que pesaba más en él de estas condiciones, pero casi siempre, como un binomio inseparable, al lado de un sabio también hay un gran humanista. Un científico en toda regla; para algunos, el único que hemos conocido, y un referente intelectual y patrón cultural a seguir para los que sabemos que el conocimiento y el saber estar solo se consigue con constancia, esfuerzo, paciencia y tesón, en definitiva, con los años, y después de haber vivido con el continuo afán de aprender y superarse como ser humano.

Fue Ingeniero Técnico Forestal y, más adelante, su pasión por comprender el complejo mundo de las plantas le llevó a doctorarse en Biología vegetal. Fue también profesor de la Universidad de León y Jefe de Sección de Vida Silvestre de la Junta de Castilla y León.

Llegó a León de la mano del ICONA y desde la atalaya de La Guiana vigilaba los bosques bercianos en los cálidos veranos. Recordaba con cariño a las personas de aquella etapa que le habían alojado y que con tanto mimo lo habían tratado, lo que desarrolló en él una querencia hacia El Bierzo y lo berciano.

De trato bonachón y aires de viejo profesor universitario, sus conversaciones siempre eran sustanciosas. Conocía los endemismos de la flora berciana y recorrió aquellos recónditos rincones donde la endogamia era la palabra clave: *el aislamiento secular de las plantas en El Bierzo daba lugar a islas botánicas en las que las plantas evolucionaron de forma independiente dando lugar a nuevas especies*. Era algo similar a lo que le sucedió a Darwin en las islas Galápagos; era una especie de cuaderno de bitácora de la evolución. En El Bierzo describió numerosos endemismos siguiendo las huellas del profesor alemán Rothmaler, descubridor del género *Petrocoptis*.

Es importante que muchos leoneses sepan que, tanto desde su puesto en la Universidad como desde sus responsabilidades en la Junta de Castilla y León, supo defender como nadie el bosque de sabinas de Mirantes de Luna, perturbado por una cantera de caliza que hizo desaparecer de un plumazo más de 200 sabinas centenarias. El doctor en Biología ayudó a cerrarla gracias a las presiones y escritos realizados siempre bajo una perspectiva científica y querencia por el mundo de las plantas, esos seres vivos que según los últimos estudios poseen hasta veinte sentidos (frente a los cinco del ser humano), a los que le prestamos poca atención, pero de los que depende nuestra supervivencia, y que están dotados con "inteligencia", entendida ésta como "la capacidad para resolver problemas". Carlos comprendía perfectamente que las plantas pueden vivir sin nosotros, pero

Breve homenaje a la figura de un sabio:

El legado berciano de Carlos Romero

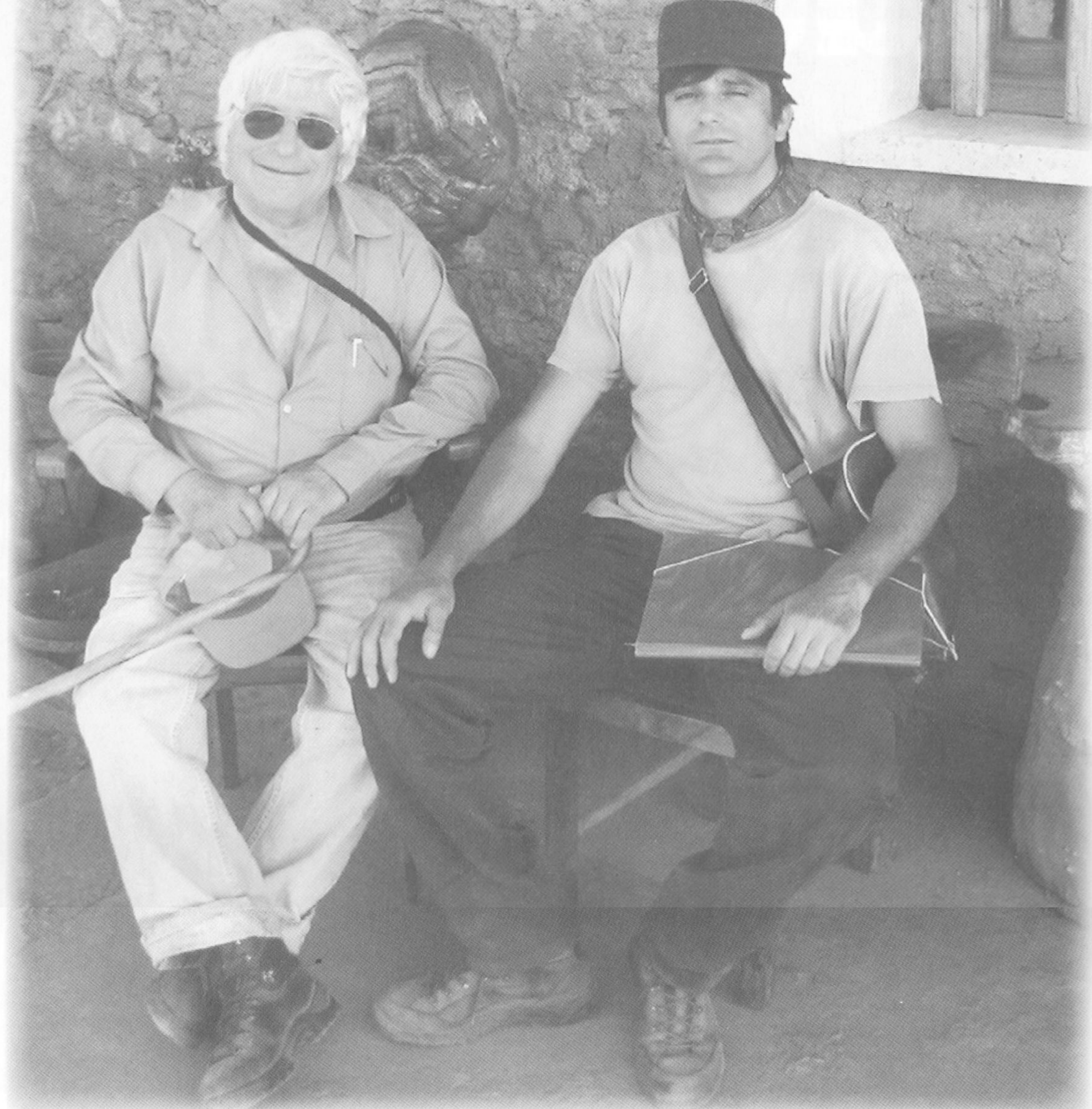
nosotros no podemos vivir sin ellas, lo que nos llevaría a la extinción en poco tiempo.

Además de los cinco sentidos que posee el ser humano, las plantas disponen de otros, por ejemplo, para sentir y calcular la gravedad, los campos electromagnéticos, la humedad, y son capaces de analizar pequeños cambios en el gradiente térmico. Quizás en base a este último sentido han sido los primeros seres vivos en detectar el cambio climático.

Fue el botánico Romero, especialista en las pequeñas plantas, quien detectó la presencia de especies botánicas de otras latitudes más sureñas en la comarca del Bierzo, especies que no deberían de estar aquí porque no es su territorio natural; así como la migración en altura de algunas plantas a consecuencia del cambio climático. Las plantas, gracias a su "inteligencia", son capaces de captar las señales procedentes del entorno, elaborar la información obtenida, y calcular las soluciones más adecuadas para su supervivencia. Ascenden de cota a medida que suben las temperaturas, hasta alcanzar las cotas más altas de las barreras montañosas; y cuando la montaña se acaba, sencillamente, se extinguen. Romero conocía como nadie esta realidad y nos la contaba con entusiasmo y desaliento, como el sabio sensible que era.

También, como un adelantado a su tiempo, fue el precursor de la creación de lo que ahora conocemos como "Microrreservas de Flora" (legisladas por el Decreto 63/2007 por el cual se establece el Catálogo de Flora Protegida de Castilla y León y la figura de protección denominada Microrreserva de Flora). En el ámbito de la comarca del Bierzo sostenía que los Montes Aquilianos constituyen el lugar de mayor importancia florística de la provincia de León, y dio a conocer los numerosos endemismos, plantas únicas en el mundo, que pueblan esta sierra y su continuidad con la del Teleno. Muchos bercianos lo conocen porque dio a conocer y consiguió germinar la *Petrocoptis viscosa* sobre los lienzos de castillo de Cornatel, una planta escasa que estaba a punto de desaparecer, y que constituye otro endemismo de sustrato rupícola también presente en las Peñas de Ferradillo, lo que le valió el nombramiento de Socio de Mérito desde la Asociación de Méritos del Castillo de Cornatel, donde nos consta que era muy querido y un amigo entrañable.

Entre sus muchos frentes, ya jubilado, se interesó por la cantera que se pretendía abrir sobre las Peñas de Ferradillo, al entenderla como un atentado sobre los abundantes endemismos que pueblan este afloramiento dolomítico. Logró todo lo que se propuso gracias a ese carácter científico que lo convertía en sobresaliente, y a esa gran bonhomía, alegría, humor inteligente, cercanía y confianza que transmitía a todo aquél que fuera su interlocutor.



Romero, de pelo blanco, en una de sus salidas al campo

Su actitud científica y valiente, enfrentándose abiertamente a todo lo que él consideraba una destrucción en los santuarios naturales, le causó más de un problema, tanto en su ámbito universitario como profesional. Pero siempre hizo valer sus argumentos, y el desánimo hizo que le *espantara la conjura académica y la poca gana de averiguar* desde el ámbito universitario, tal y como declara el periodista leonés Pedro Trapiello en el artículo que le dedica en la contraportada del Diario de León del lunes 23 de mayo del 2016.

Le acompañamos a su primera visita al pueblo de La Balouta, considerado como un barrio de Las Medulas, e inmediatamente se enamoró de los "jardines colgantes" que se descuelgan desde los acantilados en este misterioso pueblo abandonado. Ese mismo día decidió que aquel paraje merecía un trabajo exhaustivo, centrado en la botánica. Allí se inspiró su último libro, *Estudio botánico en la comarca de Las Médulas- La Balouta*, en colaboración con María Eugenia Ron Álvarez, de ascendencia babiana y especialista en criptogamia, y editado por el Instituto de Estudios Bercianos en el año 2015. Asistimos a la presentación, un día muy feliz para él, pues tras una larga espera pudo por fin dar a luz a esta criatura tan deseada

y compartir su alegría con todos nosotros.

En los últimos años, por su delicado estado de salud, las excursiones científicas no podían prolongarse excesivamente, porque la disnea le impedía el ascenso a las pendientes escarpadas repletas de endemismos que él tanto buscaba. Pero ello no le impidió perseguir a la *Petrocoptis viscosa* entre las viejas calizas del castillo de Cornatel o adentrarse entre las tupidas sendas de La Balouta y en los acantilados del arroyo de Isorga.

Era un botánico clásico, de los de peluca y monóculo, de aquellos del siglo XVIII que ilustraban los libros y las mentes. Su conversación te teletransportaba en un instante: lo mismo te hablaba de las argucias vegetales para lanzar lejos las semillas en caso de incendio, como ocurre en los pinares de Tabuyo del Monte, que de las toxinas de algunas plantas utilizadas con fines poco ortodoxos. Para algunos era el "profesor Rosmarinus", apelativo cariñoso derivado de su botánico apellido, porque él era muy amigo de sus *latinajos*.

No había nacido para la informática y sus comunicaciones más personales eran por medio de cartas manuscritas, a la vieja usanza. Pero todo lo compensaba con creces con esa gran afabilidad y esos abrazos calurosos

que prodigaba. Si algo le definía eran sus detalles, finos hasta el extremo, y sus gustos sencillos, reveladores de la gran persona que se escondía tras esas gafas verdosas, propias de su devoción por las plantas, y su atuendo, siempre a juego, derivado probablemente de su etapa como responsable de los guardas del antiguo ICONA.

Era de aquellos raros seres a los que parece conocer de toda la vida y con los que conectas al instante. En su presencia el tiempo parecía detenerse, y es, este aspecto humano, el que resultará del todo inolvidable: la verdadera esencia del profesor *Rosmarinus*.

Estamos seguros que a nuestro recuerdo también se unirán "sus plantitas", porque saben que, gracias a él, serán más valoradas. No nos extrañaría que allá, por esos Montes Aquilianos que tanto amaba, con el renacer de cada primavera se vistan con sus mejores galas y le regalen su mejor sonrisa: la del agradecimiento.

Fue un honor estar con él en sus últimos momentos y poder estrecharle la mano al único sabio que algunos hemos conocido. Hasta en sus últimos momentos mantuvo su magnífica memoria y sentido del humor, y esa sabiduría que sólo poseen algunos seres humanos extraordinarios.

Descansa en paz, AMIGO.